

La torre de Mecenas

Postera crescam laude recens.

(Carm. III, 30).

Tiene sus puntas y ribetes de nigromántico el bachiller Diego Fáñez, a juzgar por el caso estupendo que le ocurrió en noches pasadas. Voy, pues, a referir cuanto él me dictó la otra tarde al abrigo familiar de mi techumbre, arrellanado entre un sillón de Córdoba, e interrumpiéndose para catar con unción sorbitos de té aromoso y echar tufaradas de humo que subían a perderse muy arriba, en la región de los sueños.

Fue para mí un atolladero —decía— el encargo de celebrar al poeta de Apulia en el segundo milenario de su natalicio. Excogitando y desechando temas los meses transcurrían, sin saber yo qué partido tomar. No quería salir con un ditirambo alejandrino donde la galera virgiana me serviría para aportar en la tierra de los beocios, persiguiendo la rima de Quintilio. Tampoco me atraía un artículo de erudición barata, producto de reminiscencias escolares. Y fuera inútil apechugar con algún ensayo bio-bibliográfico, que pondría en alarma a los lectores y censores. Despechado envié a paseo los manes del pobre Quinto Flaco, y recordé lo que Rémy de Gourmont escribe al tratar de la postrera latinidad: "Ce latin méprisement connu sous le nom de latin d'Eglise, est, nous semble-t-il, un peu plus attirant que celui d'Horace, et l'âme de ces ascètes plus riche d'idéalité que celle du vieux podagre, égoïste et surnois". Mas al recapacitar (y sin desconocer el mérito de la literatura eclesiástica) pensé con Patin y Pierron que Horacio es el siglo de Augusto en persona, como encarnación de sus ideas, costumbres y sentimientos. Comprendí que antes del auge que en el Evo Medio tuvieron el ascetismo y el misticismo, fue menester suplir la carencia de ellos dando ex-

pansión máxima a las virtudes naturales, representadas en los altos ejemplos que nos brinda la antigüedad gentilicia, y codificadas en el sistema estoico, del cual es el venusino un divulgador tan insigne como Zenón, Tulio, Séneca y Marco Aurelio, con la ventaja de que el oro acuñado de sus aforismos no corría en lucubraciones filosóficas, sino en odas y cartas de asunto vario y deleitosa lección.

Así divagando, se apoderó de mí el entusiasmo: envidié a Lanciani y a Friedlaender, a Bossier, Gebhardt y Dézbry, que con arte sumo trazaron perspectivas del ciclo imperial; anhelé tener a mano los fragmentos de la biografía escrita por Suetonio, los estudios de Noel de Vergers en su ejemplar elzeveriano, las obras de Walkenaer y de Meyer para saborear los comentarios de Pomponio Porfirión; añoré la *Clavis horatiana* de Ernesti con las *Quaestiones horatianae* de Kirchner. Allí fue apetecer las páginas que Franz Jacob consagra al vate y a sus amigos, las disquisiciones de Arnold respecto al moralista, las glosas de Herwig o los juicios de Reisacker acerca del amante de la Naturaleza, imitador fecundo de Lucilio, bien que adversario de Plauto, de Catulo y de Lucrecio.

A solas en mi desvarío invoqué a los abates de Chaupy y de Sanctis, quienes liaron una vez sus maletas en busca del propio sitio de la granja Sabina, con el designio de publicar sendas disertaciones. "Venid, en fin —exclamé— todos los indagadores, escoliastas, intérpretes, analistas y reensionistas!" Pero ninguno acudió a confiarme revelaciones; y sobre el escritorio permanecían en blanco las cuartillas, mientras afuera gemían las rachas húmedas de Agosto, y allá sobre las tejas se oía la camorra de dos gatos, en cuyos alaridos alternaban el scherzo, el adaggio y el fortissimo, el Largo de Haendel y la Tarantela de Moskowski: las diversas gamas del contrapunto y la modulada entonación. Como se prolongaba la *suite* del concierto, y bien pudo ella influir en mi ánimo predisponiéndolo al percance que me aguardaba, dispénsese usted aquí un trozo de revista musical y extragatuna, inspirada por mis cuitas literarias. Los rabiosos mayidos arremetieron con un preludio

de Taissing, que servía de introducción a los *Cantos lúgubres* de Prestat y a los aires de *La ciudad muerta* de Kornsgold. Tras un corto silencio vino algo que me pareció una fantasía de Smith sobre motivos de *Fra Diavolo*, y de ahí se pasó al *Larghetto lamentoso* de Kreisler, seguido por caprichos de los *Sueños vespertinos* de Saint-Saens. A continuación percibí entrecortadas cadencias de la *Trova sentimental* y del *Miserere* de Jomelli, el Dúo de Schumann y el Duetto de Sonámbula, variaciones del *Nocturno* de Elmas, la *Burlesca* de Strauss en re menor y la *Humoresca* de Walter. Después llegó el turno al repertorio más tétrico y espeluznante. Eran trasposiciones del *Valse de Mefisto*, paráfrasis de *Orfeo en los infiernos*, de los *Dioses de la Estigia*, del *Dárdano* y del *Cazador endemoniado*, para terminar con la *Fuga final* de Verdi en la opereta de *Falstaff*.

* * *

Clavada la vista en el suelo, o dejándola vagar distraídamente por los anaqueles que cubrían el muro a no mucha distancia de mi butaca, un fenómeno extraño me llamó de pronto la atención. La moldura superior de la estantería tomaba apariencia de arquitrabe, y debajo las filas de lomos se espaciaban figurando el pórtico de la Basilica Emilia con la galería de las tiendas Argentarias, a inmediaciones del Foro romano. Por otro costado una hilera de volúmenes se trocaba en columnata del templo de Saturno; más acá los Rostros ocupaban el puesto de un varguño; el sofá se transformaba en exedra, y el armario en Atrio de las Vestales, pues cobrando anchurosas proporciones el recinto de mi estancia habíase dilatado hasta los últimos confines de la Vía Sacra, entre la Regia y el *Fornix Fabianus*. No cabía duda. Sentado en un bloque de mármol, al arribo del Miliario de oro, me hallaba en el centro de Roma, el vigésimo año del reinado de Octavio.

En vez de la bombilla eléctrica que enantes lucía bajo el fíclón del aposento, la plena luna estival tendía el sudario de su esplendor sobre el fausto de los tiempos idos:

*Nox erat, et coelo fulgebat luna sereno
inter minora sidera. (Ep. XV).*

Nadie transitaba en las cercanías. Sólo de vez en cuando traídos por las brisas llegaban rumores del barrio de Lautumias, y un mochuelo exhalaba su quejumbre desde la cornisa del *Tabularium*.

Alejado del presente por espacio de dos milenios, de buena gana hubiese visto asomar la patrulla de vigilancia o la litera de algún edil rezagado. Sentí ruido de pasos, escudriñé en torno, y distinguí a la derecha un bulto que se aproximaba. ¿Lo imagináis ya con túnica y lacerna, o envuelto en clámide militar, o arrebuñado en el burdo capote del esclavo? Si atisbáis mejor, descubriréis una figura con tricornio, peluca monumental y casacón del siglo XVIII. —Para servirle, dijo. *Guten Abend*. Soy el profesor Fabricius de Hamburgo. Habiendo fallecido en 1736, tengo la costumbre de abandonar el sepulcro cada cien años; y obediente a la imprecación que lanzó usted hace poco, vengo a conducirlo a la residencia de Horacio.

Habitado como estoy al trato con los muertos de otras épocas, no me sorprendió mucho la aparición. Conocía de larga fecha al personaje, quien había sido con frecuencia mentor mío en el laberinto de su *Bibliotheca latina*. Cuántas veces repasando yo las odas clásicas en la colección de Teubner, el ánima bendita del bibliógrafo me soplabá siempre al oído la recta versión de cualquier asclepiadeo, gliónico o anapéstico endiabrado.

Partimos con premura en dirección a las Esquilias, y de camino el profesor me iba dando informes topográficos que no puedo puntualmente recordar. Tan sólo anotaré que al extremo del *Vicus Tuscus* fuimos asaltados por una pandilla de canes, y Fabricius hubo de ahuyentarlos con denuesto, repartiendo bastonazos. Adelante fue preciso desviar hacia las Carenas para alejarnos del *Vicus sceleratus* (la Calle del crimen). Flanqueámos el santuario de Minerva Médica, cruzámos el mercado de Livia, y dejando atrás los vericuetos que trepan al Oppio, alcanzámos a vislumbrar un torreón, la espesura de los huertos de Cayo Cilnio y la contigua mansión que buscábamos. El nomenclátor nos anunció al dueño, que acabada la cena y despedidos los co-

mensales paseaba en el *tablinum*. Sería indiscreto relatar por menudo el buen acogimiento que nos dispensó como a viejos colegas: *O socii comitesque!* Dijonos entre otras cosas que a los moradores de ultratumba no pasan inadvertidos el culto tributado a su memoria, y el aprecio de sus escritos. Obsequioso y expansivo nos ofreció una copa de aquel añejo Másico guardado en su bodega desde el consulado de Tulo. Mientras regresaba el escanciador, nos hizo esta confidencia íntima: “¿Queréis saber cómo me dio el antojo de componer la oda del libro III, dedicada a Melpómene? A medida que fueron desapareciendo mis mejores amigos, me invadieron el desencanto, la tristeza, el temor al *aeternum exilium*, la obsesión de mis sentencias dirigidas a Delio y Arquitas, a Sesto y Lucio Planco... Pudiendo más que el escepticismo la preocupación del olvido póstumo, tuve la flaqueza de consultar a la hechicera Canidia y averiguarle el secreto de mi destino. Declaro que esto era renegar de mis consejos a Grosfo, a Taliarco y a Leuconoe¹. Ignoraba *Leuconoe, nec babylonios tentaris numeros*. (Carm. I, 11). la vejezuela mis diatribas contra ella, y halagada por la oferta de tres denarios, al cabo de múltiples sortilegios profirió este vaticinio: Conocerás tu porvenir si subes a la torre de Mecenas en la segunda vigilia de las nonas de Mayo. Nombra dos veces a Hécate, y en honor de los Penates quéma una ramita de eléboro.

Seguí las indicaciones de la bruja. Pero como me percaté de que estoy reviviendo en compañía de vosotros mi anterior existencia, os invito a renovar conmigo la aventura: *Rapiamus, amici, occasionem, Pluraque felices mirabimur*.

Al norte de Esquilino, culminando entre bojés y pinares, erguía sobre la cuesta la famosa torre que había Mecenas añadido a las magnificencias de su palacio: *molem propinquam nubibus arduis*². La azotea dominaba las die-

¹ *Tu ne quaesieris (scire nefas) quem mihi, quem tibi finem di dederint,*

² Carm. III, 29.

ciseis leguas de circunferencia que comprendía con sus arrabales la extensión de Roma, capaz de alojar a tres millones de habitantes. Hé ahí el cuadro que se nos presentó tan luego como pudimos coronar la altura. Nuestro guía cumplió sus ritos, cuyo resultado fue para él una visión sucesiva del futuro, y para nosotros la retrospectión de los pasados siglos. En ninguno de ellos faltaban admiradores de Horacio: desde Asconio y Probo que empezaron a comentarle en la primera centuria cristiana, hasta los expositores y críticos recientes. Al propio tiempo que cambiaba el aspecto de los edificios urbanos, nuestro observatorio crecía en elevación desmesurada. El caballero romano podía repetir con razón el *Exegi monumentum*. Abajo, cual gigantesco trasunto del *Orbis pictus* con que Agripa decoró sus vergeles, el panorama expandíase abarcando los ámbitos de Europa: *cuncta terrarum subacta*.

Y encima de nosotros se desataban el Aquilón, el Abrego y el Noto presagiando a Fabricius un catarro súbito, por el riesgo de que el tricornio volase ufano hacia las remotas Cícladas, y la peluca emprendiera viaje a Cólquide o a las playas de Thule.

Densas humaredas y torbellinos de polvo venían a nublar el espectáculo. Aquí y allí los incendios marcaban el trayecto de las hordas noruegas. Se confirmaba así el augurio del Epodo XVI: "Un bárbaro invasor hollará nuestras cenizas, y la pisada sonora de su corcel golpeará las ruinas de la ciudad de Rómulo". Presto la ventisca de los montes Albanos disipó el humo de las teas devastadoras, y nos dejó fisgar a un hombre que atravesaba de prisa el Foro de Palas. Era Mavorcio, varón consular en 527, quien iba a regatear el precio de un díptico y un *quaterno* uncial del *Arte Poética* allí mismo donde los Sosias y el bibliópola Secundo solían venderlos antes.

Oteando luego al sur columbrámos los monasterios fundados por Benito y Casiodoro. Un poder mágico hacía que a pesar de todas las distancias nuestros ojos penetraran dondequiera como los del dragón de Epidauró, acercando las imágenes de personas y cosas. Horacio se daba cuenta

de que su sér estaba desdoblado entre la edad antigua y la moderna; pero en la contemplación del secular desfile su papel de protagonista comprometíale a seguir mostrándose pagano, y por esto comenzó a preguntarnos: "¿Qué flámines dentro de aquella sala escriptoria parecen tan ocupados en copiar manuscritos?" —Son, respondió Fabricius, los monjes medioevales; y a ellos debes que tu nombre haya sonado en la posteridad. Son los discípulos de un Maestro Divino, *gentis humanae pater atque custos*, que ocho años después de tu muerte bajó del cielo a morar entre los hombres. La religión enseñada por El ha vencido gloriosamente a la tuya; y a despecho de la barbarie su doctrina, juntando la oración al trabajo, ha promovido las ciencias, las ingenuas artes y las letras óptimas. Mira cómo la escena de Monte Casino se repite allende los Alpes en las abadías de Cluny, Fulda y San Galo, y aún más lejos en la de Glastonbury: *in ultimos orbis Britannos*. Con los tesoros clásicos que los benedictinos acumulan se habrán de enriquecer los humanistas del Renacimiento; la biblioteca de Milán con tu *editio princeps*, y con raros apógrafos las de Urbino y de los Médicis, las de Oxford y todo el Occidente. De ahí provenirán los códices más preciosos de tus obras: el *Bernensis*, el *Blandinius vetustissimus* y el *Gothanus*.

De igual manera fuimos inspeccionando los claustros universitarios, las imprentas y librerías celebérrimas como la de Clarendon, y los bufetes de los doctos contemporáneos. No pudo menos de sonreír el satírico de Venosa cuando supo los títulos de unos cuantos ensayos concernientes a sus libros: *Ratio elisionum horatianarum explicata*, de Jeep; *De Horatii vocibus singularibus* por Zangemeister; *De imperativi usu horatiano* por Ebeling; *De interpretationibus mythologicis apud Horatium* por Gesell. Finalmente le hicieron prorrumpir en carcajadas las discusiones de los eruditos sobre este o esotro lugar oscuro del texto discriminado; pues Keller y Holder leían *pergulae* donde Bentley defendía el vocablo *sedulae*, en tanto que otros reñían por la expresión *mare Ponticum* a cambio de *mare Punicum*. También fueron motivo de sus donaires la pipa de

Graevius y las pantuflas de Gronovius; las gafas académicas del compilador Torrentius; los sorbos de rapé del traductor Camponon; las patillas del doctor Munro, latinista de Cambridge, y el gorro no menos doctoral del lexicógrafo Rothmaler.

Sin tardanza llegaron los idus de Julio del corriente año, y el ilustre espectador malició que ahora no tenía delante sino embelecados proyectados en la tela de un cine. El truco le hizo poca gracia. No quiso ver más; y convirtiéndose en reportero mío, de grado me obligó a ser cronista suyo de noticias actuales. Hube de informarle entonces que no andaban muy bien los asuntos en las fronteras germánicas ni en la isla de los Bretones; que en las Galias y en Hesperia los trastornos públicos remedaban los de Clodio y Cayo Mario. Por último le mostré en el horizonte los funebres nublados que surgían de las comarcas hiperbóreas, sobre el país de los Sármatas y Escitas. Ya no impera tu paz augusta, concluí. Las discordias y revueltas agitan las naciones.

“Como lo había yo predicho, murmuró. El Hado nos trae la nueva edad de hierro:

... *dehinc ferro durabit saecula, quorum
paucis secunda, vate me, datur fuga.*

Prefiero desandar el rumbo de los tiempos, y refugiarme con la gloria de mis versos en el seno de la virtud antigua”.

Al instante se desvaneció la fantasmagoría, y el canto de un gallo casero me devolvió a la realidad.

La entrevista de Fáñez me dio mucho en qué reflexionar. A esta sazón del mundo, grato es huir mentalmente hacia los áureos días del César Octaviano: a la tregua que en la plenitud de la historia escogió Dios niño para el reposo de su cuna, arrullado por el himno de los ángeles. Aquella bienandanza protegida con las leyes de la razón escrita y la disciplina de cuatrocientos mil legionarios, permitió al Apuliense estimar la vida, no pidiéndole más ni

menos de lo que puede darnos: “Por qué anhelamos tanto, habiendo de durar tan poco?” Pero en el breve espacio la templanza no veda gozar de “los bosques soledosos”, de “las sombreadas riberas y los rientes vallecillos donde retoza el Céfiro”; “buscar en Tíbur el retiro de la vejez y el fin de las fatigas”; olvidar allí *tristitiam vitaeque labores*; venerar “los Lares coronados de romero y arrayán”; “versificar con el empeño solícito de la abeja que rondando flores y prados recoge el néctar del tomillo”; “gustar la miel guardada en ánforas de Formias”; “sacar de la tinaja sabina el Cecubo de cuatro años”, y percibir el murmullo de las palomas posadas en el ramaje de los olmos, “a la hora en que el sol alargando la sombra de los montes libra de su yugo a los cansados bueyes, y declinando en su carro apresura el momento del sosiego”.

En tales condiciones, viviendo la época de tránsito entre la rudeza y el refinamiento, entre la República y el Imperio, el cantor de Bandusia elogió la piedad y el amor patrio, la fortaleza simbolizada en el alma de Catón, la lealtad amistosa y el desinterés, la dignidad y moderación en todo. Su lema tomado de los griegos, “nada en demasía”, atemperó sus gustos literarios y su conducta: de donde proceden sus innovaciones métricas, las mudanzas de asunto que lo exhiben como un diletante, a trechos frívolo y a ratos serio, fácil para la ironía, la fábula y el cuento, en los cuales aprendió mucho Lafontaine. Sus Sátiras juveniles manifiestan esa faz de su carácter, ajeno a las exageraciones de Marcial y Juvenal. Mas en las Epístolas de la madurez resaltan mejor las buenas cualidades del pensador y el estilista. Su índole, en fin, es muy humana: conjunción de los genios de la Hélade y del Lacio; lo cual explica la preferencia que los ingleses le dan sobre Publio Marón, o la que le concedió Quintiliano sobre todos los líricos latinos.

Y, sin embargo, ascendiendo a una esfera más alta de meditación, la *fama superstes* del poeta gentil, materia de solo placer estético en los dominios de la literatura, cuán poco es ante la soberanía moral del Evangelio! La Roma eterna que oyó el *Carmen saeculare*, recibió también y di-

fundió la Nueva de gozo y de triunfo que escucharon los zagales betlemitas. El gobierno de Augusto no es comparable con el reino de Cristo, donde se cifra la verdadera pacificación del universo, la tranquilidad en el orden. Su sede no está en el Palatino, ni en La Haya, ni en Ginebra. Su oráculo no es hoy el sumo sacerdote de Júpiter Státor sino el Pontífice del Vaticano: la cumbre espiritual que descuella invicta más acá del Tiber sobre la Ciudad y el Orbe, con prestigio mayor que el soñado por Horacio en la torre de Mecenas.

JUAN C. GARCIA, Pbro.
(B. A.)



El conflicto italo-etíope

Guillermo Valencia, a quien el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario reconoce en toda su plenitud el título de Maestro, publicó en «Claridad» el estudio que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

“Libros de Reyes”, llamaron los antiguos a la historia, al observar que la existencia de los grupos humanos había sido algo accidental que se subordinaba a las empresas autocráticas y a los intereses de las dinastías; mas un autor moderno quiere que la apellidemos “Belihistoria”, para acentuar así el lado sangriento de los anales del pasado. Constante batallar fue siempre la vida de los pueblos, y el ansia por asegurar una paz duradera, signo el más palpable de la evolución hacia el bien. Para desdicha, este ideal, cuando creemos acercarnos, va alejándose como la isla de Delos, y en ocasiones, cual la de San Barandón, se hunde súbitamente en el abismo.

Estas breves consideraciones nos sirven de mirador pa-